

"EL MIEDO A LA LIBERTAD"
Erich Fromm

I. LA LIBERTAD COMO PROBLEMA PSICOLOGICO

John Dewey: *"La amenaza más seria para nuestra democracia no es la existencia de los Estados totalitarios extranjeros. Es la existencia en nuestras propias actitudes personales y en nuestras propias instituciones, de aquellos mismos factores que en esos países han otorgado la victoria a la autoridad exterior y estructurado la disciplina, la uniformidad y la confianza del líder. Por lo tanto, el campo de batalla esta también aquí, en nosotros mismos y en nuestras instituciones"*

El análisis del aspecto humano de la libertad y de las fuerzas autoritarias obliga a considerar un problema general: el que se refiere a la función que cumplen los factores psicológicos como fuerzas activas en el proceso social; lo que conduce al problema de la interacción que los factores psicológicos, económicos e ideológicos ejercen en aquel proceso.

Diferencias entre el punto de vista del libro y los conceptos freudianos clásicos al respecto:

Freud aceptaba la creencia tradicional en una dicotomía básica entre hombre y sociedad, así como la antigua doctrina de la maldad de la naturaleza humana. El hombre, según Freud, es un ser fundamentalmente antisocial. La sociedad debe domesticarlo, concederle unas cuantas satisfacciones directas de aquellos impulsos que, por ser biológicos, no pueden extirparse; pero en general la sociedad debe purificar y moderar hábilmente los impulsos básicos del hombre. Como consecuencia de esta represión, los impulsos se transforman en tendencias que posee en valor cultural y que llegan a constituir la base humana de la cultura (SUBLIMACION).

La relación del individuo con la sociedad en la teoría de Freud es en esencia de carácter estático: el individuo permanece virtualmente el mismo, y tan solo sufre cambios en la medida en que la sociedad ejerce una mayor presión sobre sus impulsos naturales (obligándolo así a una mayor sublimación) o bien le concede mayor satisfacción (sacrificando de este modo la cultura).

Contrariamente al punto de vista de Freud, el análisis que se ofrece en este libro se funda sobre el supuesto de que el problema central de la Psicología es el que se refiere al tipo específico de conexión del individuo con el mundo, y no con el de la satisfacción o frustración de una u otra necesidad instintiva *per se*, además de que no se ve la relación entre individuo y sociedad como de carácter estático. **Las inclinaciones de los hombres no forman parte de una naturaleza humana fija y biológicamente dada, sino que resultan del proceso social que crea al hombre.**

(La tarea propia de la Psicología social es la de comprender este proceso en el que se lleva a cabo la creación del hombre en la historia. Pero no solamente el hombre es producto de la historia, sino que también la historia es producto del hombre. La solución de esta contradicción aparente constituye el campo de la Psicología social.)

Pero igual que no comparte el punto de vista freudiano, también se rechazan aquellas teorías que desprecian el papel del factor humano como uno de los elementos dinámicos del proceso social (ej. Durkheim). El supuesto común de estas doctrinas es que la naturaleza humana no posee un dinamismo propio, y que los cambios psicológicos deben ser entendidos en términos de nuevos hábitos, como adaptaciones a nuevas formas culturales. Aun cuando no exista una naturaleza humana prefijada, no podemos considerar dicha naturaleza como infinitamente maleable y capaz de adaptarse a toda clase de condiciones sin desarrollar un dinamismo psicológico propio. La naturaleza humana, aun cuando es producto de la evolución histórica, posee ciertos mecanismos y leyes inherentes, cuyo descubrimiento constituye la tarea de la Psicología.

Adaptación estática y dinámica: la estática es una forma de adaptación a las normas que deje inalterada toda la estructura del carácter e implique simplemente la adopción de un nuevo hábito.

Por adaptación dinámica entendemos aquella especie de adaptación que ocurre, por ejemplo, cuando un niño sometido a las ordenes de un padre severo, se transforma en un "buen chico" (porque lo teme tanto que no puede actuar de otra forma).

RESUMEN:

La naturaleza humana no es ni la suma total de los impulsos innatos fijados por la biología, ni tampoco la sombra sin vida de las formas culturales a las cuales se adapta de una manera uniforme y fácil; es el producto de la evolución humana, pero posee también ciertos mecanismos y leyes que le son inherentes. Hay ciertos factores en la naturaleza del hombre que aparecen fijos e inmutables: la necesidad de satisfacer los impulsos biológicos y la necesidad de evitar el aislamiento y la soledad moral. El individuo debe aceptar el modo de vida arraigado en el sistema de producción y distribución propio de cada sociedad determinada. En el proceso de adaptación dinámica a la cultura se desarrolla un cierto número de impulsos que motivan las acciones y los sentimientos del individuo. Este puede o no tener conciencia de tales impulsos, pero en todos los casos ellos son enérgicos y exigen ser satisfechos una vez que se han desarrollado. Se transforman así en fuerzas poderosas que a su vez contribuyen de una manera efectiva a forjar el proceso social.

II. LA EMERGENCIA DEL INDIVIDUO Y LA AMBIGÜEDAD DE LA LIBERTAD

La libertad caracteriza la existencia humana. Su significado varía de acuerdo con el grado de autoconciencia del hombre y su concepción de sí mismo como ser separado e independiente, como entidad separada y distinta de la naturaleza y de los hombres que lo rodean. Sin embargo, esta autoconciencia siguió siendo muy oscura durante largos periodos de la Historia; el individuo permanecía estrechamente ligado al mundo social y natural del que había emergido. El proceso por el cual el individuo se desprende de sus lazos originales (proceso de individuación) parece haber alcanzado su mayor intensidad durante los siglos comprendidos entre la Reforma y nuestros tiempos.

En la vida del individuo encontramos el mismo proceso. Un niño, al nacer, se transforma en un ente biológico separado de la madre. Sin embargo, desde el punto de vista funcional, permanece unido a la madre durante un periodo considerable.

Hay vínculos que existen antes de que el proceso de individuación haya conducido a la emergencia completa del individuo; son los llamados VINCULOS PRIMARIOS. Son orgánicos en el sentido de que forman parte del desarrollo humano normal, si bien implican una falta de individualidad, también otorgan al individuo seguridad y orientación (son los vínculos que unen al niño con su madre, al miembro de una comunidad primitiva con su clan, etc).

Una vez alcanzada la etapa de completa individuación y cuando el individuo se halla libre de sus vínculos primarios, una nueva tarea se le presenta: orientarse y arraigarse en el mundo y encontrar la seguridad siguiendo caminos distintos de los que caracterizaban su existencia preindividualista.

(Toda sociedad se caracteriza por determinado nivel de individuación, mas allá del cual el individuo no puede ir.)

El otro aspecto del proceso de individuación consiste en el aumento de la soledad, surgiendo el impulso de abandonar la propia personalidad, de superar el sentimiento de soledad e impotencia, sumergiéndose en el mundo exterior. Los intentos de reversión toman necesariamente un carácter de sometimiento, en el cual no se elimina nunca la contradicción básica entre la autoridad y el que a ella se somete.

Sin embargo, la sumisión no es el único método para evitar la soledad y la angustia: el ideal, que no desembocaría en conflictos, sería la relación espontánea hacia los hombres y la naturaleza, relación que une al individuo con el mundo sin privarlo de su individualidad.

La individuación es un proceso que implica el crecimiento de la fuerza y de la integración de la personalidad individual, pero es al mismo tiempo un proceso en el cual se pierde la originaria identidad con los otros. La creciente separación puede desembocar en un aislamiento que posea el carácter de completa desolación y origine angustia e inseguridad intensas, o bien puede dar lugar a una nueva especie de intimidad y de solidaridad con los otros.

Mientras el proceso de individuación se desarrolla automáticamente, el crecimiento del yo es dificultado por un cierto número de causas individuales y sociales. La falta de

sincronización entre estos dos desarrollos origina un sentimiento insoportable de aislamiento e impotencia, y esto a su vez conduce a ciertos mecanismos psíquicos de evasión.

La adaptación del hombre a la naturaleza se funda sobre todo en el proceso educativo y no en la determinación instintiva; el instinto es una categoría que va disminuyendo, si no desapareciendo, en las formas zoológicas superiores, especialmente en la humana.

La existencia humana empieza cuando el grado de fijación instintiva de la conducta es inferior a cierto límite, cuando la adaptación a la naturaleza deja de tener carácter coercitivo, cuando la manera de obrar ya no es fijada por mecanismos hereditarios. En otras palabras, la naturaleza humana y la libertad son inseparables desde un principio. La noción de libertad se emplea aquí no en el sentido positivo de "libertad para", sino en el sentido negativo de "libertad de", es decir, liberación de la determinación instintiva del obrar.

Una imagen particularmente significativa de la relación fundamental entre el hombre y la libertad la ofrece el mito bíblico de la expulsión del hombre del Paraíso. El mito identifica el comienzo de la historia humana con un acto de elección, pero acentúa singularmente el carácter pecaminoso de ese primer acto libre y el sufrimiento que este origina. Hombre y mujer viven en el Jardín en completa armonía entre sí y con la naturaleza. Hay paz y no existe la necesidad de trabajar; tampoco la de elegir entre alternativas, no hay libertad ni tampoco pensamiento. El no cumplir la prohibición de no comer el fruto prohibido es un pecado para la Iglesia, que representa la autoridad, pero desde el punto de vista del hombre se trata del comienzo de la libertad humana. Obrar contra las ordenes de Dios significa liberarse de la coerción, emerger de la existencia inconsciente de la vida prehumana para elevarse al nivel humano. El acto de desobediencia, como acto de libertad, es el comienzo de la razón. Se rompe la armonía entre el hombre y la naturaleza, dando el primer paso hacia su humanización al transformarse en individuo. Pero la libertad recién conquistada aparece como una maldición; se ha liberado de los lazos del Paraíso, pero no es libre para gobernarse a sí mismo, para realizar su individualidad. "*Liberarse de*" no es idéntico a la libertad positiva, a "*liberarse para*", ya que la emergencia del hombre de la naturaleza se realiza mediante un proceso que se extiende por largo tiempo, y en gran parte permanece todavía atado al mundo del cual ha emergido.

El proceso de crecimiento de la libertad humana posee el mismo carácter dialéctico que hemos advertido en el proceso de crecimiento individual. Por un lado se trata de proceso de crecimiento de su fuerza e integración, de su dominio sobre la naturaleza, del poder de su razón y de su solidaridad con otros seres humanos. Pero, por otro lado, esta individuación creciente significa un aumento paulatino de su inseguridad y aislamiento, y por ende una duda creciente del propio papel en el universo, del significado de la propia vida, y junto con todo esto un sentimiento creciente de la propia impotencia e insignificancia como individuo.

Si las condiciones económicas, sociales y políticas, de las que depende todo el proceso de individuación humana, no ofrecen una base para la realización de la individualidad en tanto que al propio tiempo se priva a los individuos de aquellos vínculos

que les otorgaban seguridad, la falta de sincronización que de ello resulta transforma la libertad en una carga insostenible. Ella se identifica entonces con la duda y con un tipo de vida que carece de significado y dirección. Surgen así poderosas tendencias que llevan hacia el abandono de este género de libertad para buscar refugio en la sumisión o en alguna especie de relación con el hombre y el mundo que prometa aliviar la incertidumbre, aun cuando prive al individuo de su libertad. La consecuencia de esta desproporción entre la libertad *de* todos los vínculos y la carencia de posibilidades *para* la realización positiva de la libertad y de la individualidad, ha conducido en Europa a la huida de la libertad y a la adquisición, en su lugar, de nuevas cadenas o, por lo menos, a una actitud de completa indiferencia.

III. LA LIBERTAD EN LA EPOCA DE LA REFORMA

La sociedad medieval y el Renacimiento

Lo que caracteriza a la sociedad medieval, en contraste con la moderna, es la ausencia de libertad individual. Todos se hallan encadenados a una determinada función dentro del orden social (un hombre tenía pocas probabilidades de trasladarse socialmente de una clase a otra). El orden social era concebido como un orden natural, y el ser una parte definida del mismo proporcionaba al hombre un sentimiento de seguridad y pertenencia.

La sociedad medieval no despojaba al individuo de su libertad, porque el "individuo" no existía todavía; el hombre estaba aún conectado con el mundo por medio de sus vínculos primarios, y no se concebía a sí mismo como individuo. No se había desarrollado todavía la conciencia del propio yo individual, del yo ajeno y del mundo como entidades separadas. *"El hombre era consciente de sí mismo tan solo como miembro de una raza, pueblo, partido, familia o corporación; tan solo a través de alguna categoría general"* (Jacob Burckhardt).

La estructura de la sociedad y la personalidad del hombre cambiaron en el periodo posterior de la Edad Media. La unidad y la centralización de la sociedad medieval se fueron debilitando. Hay que tener en cuenta que todo este proceso no tenía el mismo significado para el pequeño grupo de los capitalistas ricos que para las masas campesinas o para la clase media urbana. Así, las masas que no participaban del poder y la riqueza del grupo gobernante perdieron la seguridad que les otorgaba su estado anterior, volviéndose un conjunto informe siempre víctimas de las manipulaciones y la explotación de los detentadores del poder; al lado del nuevo individualismo surgió un nuevo despotismo. Estaban así entrelazadas la libertad y la tiranía, la individualidad y el desorden. El Renacimiento no fue una cultura de pequeños comerciantes y de pequeños burgueses, sino de ricos, nobles o ciudadanos. Su actividad económica y su riqueza les proporcionaban un sentimiento de libertad y un sentimiento de individualidad. Pero a la vez esta misma gente había perdido algo: la seguridad y el sentimiento de pertenencia que ofrecía la estructura social medieval. Eran más libres, pero a la vez se hallaban más solos.

En la sociedad medieval la organización económica de la ciudad fue relativamente estática. Las corporaciones se hallaban basadas en la cooperación mutua y ofrecían una relativa seguridad a sus miembros.

El sistema social medieval quedó destruido y con él la estabilidad y la relativa seguridad que ofrecía al individuo. Con los comienzos del capitalismo todas las clases empezaron a moverse. Dejó de haber un lugar fijo en el orden económico que pudiera ser considerado como natural, como incuestionable. El individuo fue dejado solo; todo dependía de su propio esfuerzo y no de la seguridad de su posición tradicional. El papel creciente del capital, del mercado y de la competencia condujo la situación personal de los individuos hacia la inseguridad, el aislamiento y la angustia. Pero hay que tener en cuenta que también fue el capitalismo el que liberó al individuo de la regimentación del sistema corporativo. El individuo se convirtió en dueño de su destino: suyo sería el riesgo pero suyo también sería el beneficio, y el esfuerzo individual podía conducirle al éxito y a la independencia económica.

RESUMEN: El derrumbamiento del sistema medieval de la sociedad feudal posee un significado capital que rige para todas las clases sociales: el individuo fue dejado solo y aislado. Estaba libre y esta libertad tuvo un doble resultado. El hombre fue privado de la seguridad de que gozaba, del incuestionable sentimiento de pertenencia, y se vio arrancado de aquel mundo que había satisfecho su anhelo de seguridad tanto económica como social. Se sintió solo y angustiado. Pero también era libre de obrar y pensar con independencia, de hacerse dueño de sí mismo y de hacer de su propia vida todo lo que era capaz de hacer, y no lo que le mandaban hacer. Sin embargo, estos dos tipos de libertades poseían una importancia distinta según la situación vital efectiva de los miembros de las diferentes clases sociales, y solamente la clase más afortunada de la sociedad pudo beneficiarse de la nueva situación.

Nos encontramos con un carácter ambiguo de la libertad: el hombre es liberado de la esclavitud que entraña los lazos económicos y políticos. También gana en el sentido de la libertad positiva, por el papel activo e independiente que ejerce en el nuevo sistema. Pero a la vez se ha liberado de aquellos vínculos que le otorgaban seguridad y un sentimiento de pertenencia. La vida ya no transcurre en un mundo cerrado cuyo centro es el hombre; el mundo se ha vuelto ahora ilimitado y, al mismo tiempo, amenazador. Sus relaciones con los demás hombres, ahora que cada uno es un competidor potencial, se han tornado lejanas y hostiles; es libre, esto es, esta solo, aislado y amenazado.

La nueva libertad está destinada a crear un sentimiento profundo de inseguridad, de impotencia, de duda, de soledad y de angustia. Estos sentimientos deben ser aliviados si el individuo ha de obrar con éxito.

El periodo de la Reforma

Es en este periodo histórico cuando surgen el luteranismo y el calvinismo, ofreciendo al individuo soluciones capaces de permitirle hacer frente al sentimiento de inseguridad, que de otro modo hubiera sido insoportable.

La influencia de toda idea o doctrina depende de la medida en que responda a las necesidades psíquicas propias de la estructura del carácter de aquellos hacia los cuales se dirige. Solamente cuando la idea responda a poderosas necesidades psicológicas de ciertos grupos sociales llegara a ser una potente fuerza histórica. Así, la búsqueda compulsiva de la certidumbre, tal como la hallamos en Lutero, no es la expresión de una fe genuina, sino que tiene su raíz en la necesidad de vencer una duda insoportable. Y la solución que proporciona Lutero es análoga a la que encontramos hoy en muchos individuos que no piensan en términos teológicos: el hallar la certidumbre por la eliminación del yo individual aislado, tornándose en instrumento en manos de un fuerte poder exterior al individuo (para Lutero este poder era Dios).

La duda es el punto de partida de la filosofía moderna; la necesidad de acallarla constituyó un poderoso estímulo para el desarrollo de la filosofía y de la ciencia modernas. Pero aunque muchas dudas racionales han sido resueltas por medio de respuestas racionales, la duda irracional no ha desaparecido y no puede desaparecer hasta en tanto el hombre no progrese desde la libertad negativa a la positiva: la duda misma no desaparecerá hasta tanto el hombre no supere su aislamiento y hasta que su lugar en el mundo no haya adquirido un sentido expresado en función de sus humanas necesidades.

La concepción del hombre sustentada por Lutero refleja el dilema ya comentado: el hombre se halla libre de todos los vínculos que lo ligaban a las autoridades espirituales, pero esta misma libertad lo deja solo y lo llena de angustia, lo domina con el sentimiento de insignificancia e impotencia individuales. Esta experiencia aplasta al individuo libre y aislado. La teología luterana manifiesta tal sentimiento de desamparo y de duda. La imagen del hombre que Lutero expresa en términos religiosos describe la situación del individuo tal como había sido producida por la evolución general, social y económica.

Pero Lutero hizo algo más que poner de manifiesto el sentimiento de insignificancia que prevalecía en las clases sociales que recibían su predicación: también ofreció una solución: el individuo podía tener la esperanza de ser aceptado por Dios no solamente por el hecho de reconocer su propia insignificancia, sino también humillándose al extremo, abandonando todo vestigio de voluntad personal, renunciando a su fuerza individual y condenándola. La relación de Lutero con Dios era de completa sumisión. La "fe" de Lutero consistía en la convicción de que solo a condición de someterse uno podía ser amado.

La personalidad de Lutero, así como sus enseñanzas, muestran ambivalencia con respecto a la autoridad; por un lado, experimenta un extremo temor a ella, y por el otro se rebela contra ella. La teología de Calvino, que debía adquirir para los países anglosajones la misma importancia que la de Lutero para Alemania, muestra en esencia el mismo espíritu, tanto del punto de vista teológico como psicológico. Aun cuando él también se oponga a la autoridad de la Iglesia y a la aceptación ciega de sus doctrinas, la religión, según él, está arraigada en la impotencia del género humano; la humillación de sí mismo y la destrucción del orgullo del hombre constituyen el *leitmotiv* de todo su pensamiento:

solamente el que desprecia este mundo puede dedicarse a su preparación para el mundo futuro.

La actividad asume un carácter compulsivo: el individuo debe estar activo para poder superar su sentimiento de duda y de impotencia. Este tipo de esfuerzo y de actividad no es el resultado de una fuerza íntima y de la confianza en sí mismo; es, por el contrario, una manera desesperada de evadirse de la angustia. Así, el éxito en la vida terrenal, resultante del esfuerzo, es un signo de salvación.

Esta nueva actitud con respecto a la actividad y al trabajo considerados como fines en sí mismos, puede ser estimada como la transformación psicológica de mayor importancia que haya experimentado el hombre desde el final de la Edad Media. Lo nuevo en la sociedad moderna fue que los hombres estaban ahora impulsados a trabajar, no tanto por la presión exterior como por una tendencia compulsiva interna. Sin duda, el capitalismo no se habría desarrollado si la mayor parte de las energías humanas no se hubieran encauzado en beneficio del trabajo.

Expresado en términos más generales: el proceso social, al determinar el modo de vida del individuo, esto es, su relación con los otros y con el trabajo, moldea la estructura del carácter; de esta se derivan nuevas ideologías (filosóficas, religiosas o políticas) que son capaces a su vez de influir sobre aquella misma estructura y, de este modo, acentuarla, satisfacerla y estabilizarla; los rasgos del carácter recién constituidos llegan a ser, también ellos, factores importantes del desarrollo económico e influyen así en el proceso social. Si bien esencialmente se habían desarrollado como una reacción a la amenaza de los nuevos elementos económicos, lentamente se transformaron en fuerzas productivas que adelantaron e intensificaron el nuevo desarrollo de la economía.

IV. LOS DOS ASPECTOS DE LA LIBERTAD PARA EL HOMBRE MODERNO

Las doctrinas protestantes prepararon psicológicamente al individuo para el papel que le tocaría desempeñar en el moderno sistema industrial: desarrolló al individuo / y lo hizo más desamparado; aumentó la libertad / y creó nuevas especies de dependencia. Esto es, la sociedad moderna afecta simultáneamente al hombre de dos maneras: por un lado lo hace más independiente y más crítico, otorgándole una mayor confianza en sí mismo, y por otro lado más solo, aislado y atemorizado. En contraste con el sistema feudal de la Edad Media, bajo el cual cada uno poseía un lugar fijo dentro de una estructura social ordenada y perfectamente clara, la economía capitalista abandonó al individuo completamente a sí mismo. Lo que lograba en su vida era por su propio mérito.

Bajo el sistema capitalista el individuo, y en especial el miembro de la clase media, poseía la oportunidad, a pesar de las muchas limitaciones, de triunfar de acuerdo con sus propios méritos y acciones. Además los hombres lograron la igualdad, y también aumentó

la libertad política, culminando con el Estado democrático moderno. El capitalismo no solo liberó al hombre de sus vínculos tradicionales, sino que también contribuyó poderosamente al aumento de la libertad positiva, al crecimiento de un yo activo crítico y responsable.

El individuo, al sentirse más solo y aislado, su yo se sintió respaldado por factores como la posesión de propiedades, el prestigio y el poder. La admiración de los demás y el poder ejercido sobre ellos se iba a agregar al apoyo proporcionado por la propiedad, sosteniendo al inseguro yo individual.

Para aquellos que poseían escasas propiedades y prestigio social, la familia constituía una fuente de prestigio individual. Allí, en su seno, el individuo podía sentirse "alguien". Obedecido por la mujer y los hijos, ocupaba el centro de la escena, aceptando ingenuamente este papel como un derecho natural que le perteneciera. A parte de la familia, el orgullo nacional (y en Europa con frecuencia el orgullo de clase) también contribuía a darle un sentimiento de importancia. Aun cuando no fuera nadie personalmente, con todo se sentía orgulloso de pertenecer a un grupo que podía considerarse superior a otros.

Factores como las efectivas libertades políticas y económicas, la oportunidad proporcionada a la iniciativa individual y al avance de la ilustración racionalista contribuyeron a la fortificación del yo y condujeron al desarrollo de la individualidad y el avance de la ilustración racionalista. En cambio, los factores de apoyo al yo tan sólo contribuyeron a compensar la inseguridad y la angustia.

La tendencia hacia la libertad humana alcanzó su culminación durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos de XX. El sentimiento individual de impotencia y soledad fue en aumento, la libertad de todos los vínculos tradicionales se fue acentuando, pero las posibilidades de lograr el éxito económico individual se restringieron. El individuo se siente amenazado por fuerzas gigantescas, y la situación es análoga en muchos aspectos a la que existía en los siglos XV y XVI.

La escena económica y política es más compleja y más vasta de lo que era antes. La desocupación de muchos millones de personas debido a la crisis en la estructura económica ha aumentado su sentimiento de inseguridad. La desocupación ha aumentado también el miedo a la vejez. También la amenaza de la guerra ha contribuido a aumentar el sentimiento de impotencia individual. El individuo se ve enfrentado por un mundo de dimensiones que escapan a su fiscalización, y en comparación al cual él no constituye sino una pequeña partícula. Todo lo que puede hacer es ajustar su paso al ritmo que se le impone. Puede actuar, pero su sentimiento de independencia ha desaparecido.

Este sentimiento de aislamiento individual y de impotencia es algo de lo que el hombre común no tiene conciencia. No puede sobrellevar la carga que le impone la *libertad de*; debe tratar de rehuirla si no logra progresar de la libertad negativa a la positiva. Las principales formas colectivas de evasión en nuestra época están representadas por la sumisión a un líder, tal como ocurrió en los países fascistas, y el conformismo compulsivo automático que prevalece en nuestra democracia. En nuestro esfuerzo por escapar de la soledad y la impotencia, nos disponemos a despojarnos de nuestro yo individual, ya sea por

medio de la sumisión a nuevas formas de autoridad o por una forma de conformismo compulsivo con respecto a las normas sociales imperantes.

V. MECANISMOS DE EVASION

(El termino NORMAL puede definirse de dos maneras: en primer lugar, desde la perspectiva de una sociedad en funcionamiento, una persona será llamada normal o sana si es capaz de cumplir con el papel social que le toca desempeñar dentro de la sociedad dada. En segundo lugar, desde la perspectiva del individuo, consideramos sana o normal a la persona que alcanza el grado optimo de expansión y felicidad individuales. Esto nos lleva a la siguiente conclusión: la persona considerada normal en razón de su buena adaptación, de su eficiencia social, es a menudo menos sana que la neurótica, cuando se juzca según una escala de valores humanos).

Una vez que han sido cortados los vínculos primarios que proporcionaban seguridad al individuo, una vez que éste, como identidad completamente separada, debe enfrentar al mundo exterior, se le abren dos distintos caminos para superar el insoportable estado de soledad e impotencia del que forzosamente debe salir. Siguiendo uno de ellos estará en condiciones de progresar hacia la libertad positiva; puede establecer espontaneamente su conexión con el mundo en el amor y el trabajo, en la expresión genuina de sus facultades emocionales, sensitivas e intelectuales: de este modo volvera a unirse con la humanidad, con la naturaleza y consigo mismo, sin despojarse de la integridad e independencia de su yo individual. El otro camino que se le ofrece es el de retroceder, abandonar su libertad y tratar de superar la soledad eliminando la brecha que se ha abierto entre su personalidad individual y el mundo. Este segundo camino no consigue nunca volver a unirlo con el ambiente de aquella misma manera en que lo estaba antes de emerger como individuo, puesto que el hecho de su separación ya no puede ser invertido.

1. El autoritarismo

Un mecanismo de evasión es la tendencia a abandonar la independencia del yo individual propio, para fundirse con algo o con alguien exterior a uno mismo, a fin de adquirir la fuerza de que el yo individual carece; tendencia a buscar nuevos vínculos secundarios como sustitutos de los primarios que se han perdido.

Las formas más nítidas de este mecanismo pueden observarse en la tendencia compulsiva hacia la sumisión y la dominación o, con mayor precisión, en los impulsos sádicos y masoquistas tal como existen en distinto grado en la persona normal y en la neurótica respectivamente.

Las formas más frecuentes en las que se presentan las tendencias masoquistas están constituidas por los sentimientos de inferioridad, impotencia e insignificancia individual. Muchas veces las tendencias masoquistas son experimentadas como manifestaciones irracionales o patológicas; pero con mayor frecuencia aún, reciben una forma racionalizada. La dependencia de tipo masoquista es concebida como amor o lealtad, los sentimientos de

inferioridad como la expresión adecuada de defectos realmente existentes, y los propios sufrimientos como si fueran debidos a circunstancias inmodificables.

En el mismo tipo de carácter hasta ahora descrito pueden hallarse, con mucha regularidad, además de las ya indicadas tendencias masoquistas, otras completamente opuestas de carácter sádico, que en general son menos conscientes y más racionalizadas que los impulsos masoquistas. Hay que tener en cuenta la dependencia que existe de la persona sádica con respecto a su objeto.

Tanto los impulsos masoquistas como los sádicos tienden a ayudar al individuo a evadirse de su insoportable sensación de soledad e impotencia. Las distintas formas asumidas por los impulsos masoquistas tienen un solo objetivo: *librarse* del yo individual, librarse de la pesada carga de la libertad.

Los vínculos masoquistas son fundamentalmente distintos de los **vínculos primarios**. Estos existían antes que el proceso de individuación se hubiera completado. En ese entonces el individuo todavía formaba parte de *su* mundo social y material y no había emergido por entero del ambiente. Los vínculos primarios le otorgaban genuina confianza y la seguridad de saber a qué lugar pertenecía. Los vínculos masoquistas son una forma de evasión, de huida. El yo individual ha emergido como tal, pero se siente incapaz de actualizar su libertad; se siente abrumado por la angustia, la duda y la sensación de impotencia. El yo intenta hallar seguridad en los **vínculos secundarios** (así podríamos llamar a los lazos masoquistas) pero su intento nunca puede tener éxito.

Ambos impulsos, masoquista y sádico, se hallan estrechamente ligados. Con respecto a las consecuencias prácticas, el deseo de ser dependiente o de sufrir es el opuesto al de dominar o de infringir sufrimiento a los demás. Pero desde el punto de vista psicológico, sin embargo, ambas tendencias constituyen el resultado de una necesidad que surge de la incapacidad de soportar el aislamiento y la debilidad del propio yo. Además, la gente no es sádica o masoquista, sino que hay una constante oscilación entre el papel activo y el pasivo, y en ambos casos se pierde la individualidad y la libertad.

No hay que confundir amor con subordinación: el amor se funda en la igualdad y la libertad. Si se basara en la subordinación y la pérdida de la integridad de una de las partes, no sería más que dependencia masoquista. Así mismo, tampoco hay que confundir el sadismo con el apetito de poder; pero hay que tener en cuenta que aunque las formas más destructivas del sadismo no son idénticas a la voluntad de poder, ésta es sin duda la expresión más significativa del sadismo.

- Poder:

Con el surgimiento del fascismo, el apetito de poder y la convicción de que él mismo es fuente del derecho ha alcanzado nuevas alturas.

La palabra **poder** tiene un doble sentido: el primero de ellos se refiere a la posesión del poder sobre alguien, a la capacidad de dominarlo; el otro significado se refiere al poder

de hacer algo, de ser potente. Así, el término "poder" puede significar cada una de estas dos cosas: **dominación** o **potencia**. Lejos de ser idénticas, las dos cualidades son mutuamente excluyentes: la impotencia tiene como consecuencia el impulso sádico hacia la dominación; en la medida en que un individuo es potente, es decir, capaz de actualizar sus potencialidades sobre la base de la libertad y la integridad del yo, no necesita dominar y se halla exento del apetito de poder. El poder, en el sentido de dominación, es la perversión de la potencia

- Autoridad:

La autoridad no es necesariamente una persona o una institución que ordena esto o permite aquello; además de este tipo de autoridad, que podríamos llamar exterior, puede aparecer otra de carácter interno, bajo el nombre de deber, conciencia o *superyo*. En las décadas recientes la "conciencia" ha perdido mucho de su importancia. Parecería como si ni las autoridades externas ni las internas ejercieran ya funciones de algún significado en la vida del individuo. Todos son completamente "libres", siempre que no interfieran con los derechos legítimos de los demás. Pero lo que hallamos en realidad es que la autoridad, más que haber desaparecido, se ha hecho invisible; en lugar de autoridad manifiesta, lo que reina es la autoridad anónima. La autoridad anónima es mucho más efectiva que la manifiesta, puesto que no se llega a sospechar jamás la existencia de las órdenes que de ella emanan y que deben ser cumplidas. En el caso de la autoridad externa, en cambio, resultan evidentes tanto las órdenes como la persona que las imparte, pudiendo entonces ser combatida.

Una característica del carácter autoritario es que prefiere aquellas condiciones que limitan la libertad humana; no es revolucionario, gusta de someterse al destino. La característica común de todo pensamiento autoritario reside en la convicción de que la vida está determinada por fuerzas exteriores al yo individual, a sus intereses y deseos. La única manera de hallar la felicidad ha de buscarse en la sumisión a tales fuerzas. El carácter autoritario no carece de actividad, valor o fe. Pero estas cualidades significan para él algo completamente distinto de lo que representan para las personas que no anhelan la sumisión. Ésta no significa otra cosa que la necesidad de obrar en nombre de algo superior al propio yo. El carácter autoritario extrae la fuerza para obrar apoyándose en ese poder superior, que no puede ser atacado o cambiado. El heroísmo propio del carácter autoritario no está en cambiar su destino, sino en someterse a él.

En la filosofía autoritaria el concepto de igualdad no existe; el mundo se compone de personas que tienen poder y otras que carecen de él: de superiores y de inferiores.

2. La destructividad

Los impulsos destructivos tienen por raíz la imposibilidad de resistir a la sensación de aislamiento e impotencia. Así como el sadismo se dirige a fortificar al individuo atomizado por medio de la dominación sobre los demás, la destructividad trata de lograr el mismo objetivo por medio de la anulación de toda amenaza exterior.

En general no se trata de un impulso experimentado de manera consciente, sino que es racionalizado de distintas maneras. La destructividad constituye una tendencia que se halla constantemente en potencia dentro del individuo, esperando la posibilidad de exteriorizarla.

La destructividad representa una forma de huir de un insoportable sentimiento de impotencia, dado que se dirige a eliminar todos aquellos objetos con los que el individuo debe compararse. Toda amenaza contraria a los intereses vitales (materiales y emocionales) origina angustia, y las tendencias destructivas constituyen la forma más común de reaccionar frente a ella. El individuo aislado e impotente ve obstruido el camino de la realización de sus potencialidades sensoriales, emocionales e intelectuales. Carece de la seguridad interior y de la espontaneidad que constituyen las condiciones de tal realización.

3. Conformidad automática

Este mecanismo constituye la solución adoptada por la mayoría de los individuos normales de la sociedad moderna: el individuo deja de ser el mismo, adoptando por completo el tipo de personalidad que le proporcionan las pautas culturales, y por lo tanto se transforma en un ser exactamente igual a todo el mundo y tal como los demás esperan que él sea. La discrepancia entre el yo y el mundo desaparece, y con ella el miedo consciente de la soledad y la impotencia. La persona que se despoja de su yo individual y se transforma en un autómatas, idéntico a los millones de otros autómatas que lo circundan, ya no tiene por qué sentirse solo y angustiado. Sin embargo, el precio que paga por ello es muy alto: la pérdida de su personalidad.

Podemos tener pensamientos, sentimientos, deseos y hasta sensaciones que, si bien los experimentamos subjetivamente como nuestros, nos han sido impuestos desde fuera, nos son fundamentalmente extraños y no corresponden a lo que en verdad pensamos, deseamos o sentimos. El problema que se plantea es el de saber si el pensamiento es el resultado de la actividad del propio yo, y no si su contenido es correcto.

VI. LA PSICOLOGIA DEL NAZISMO

El fascismo es explicado a menudo desde dos posiciones opuestas: por un lado se dice que la Psicología no ofrece ninguna explicación de un fenómeno de carácter económico y político como el fascismo; y por otro lado, que el fascismo constituye, sobre todo, un problema psicológico.

Según la opinión de este libro, hay que unir ambas explicaciones: el nazismo constituye un problema psicológico, pero los problemas psicológicos deben ser comprendidos como

moldeados por causas socioeconómicas; el fascismo es un problema económico y político, pero su aceptación por parte de todo un pueblo ha de ser entendida sobre una base psicológica.

Al considerar la base psicológica del éxito del nazismo hay que hacer una distinción: una parte de la población se inició en el régimen nazi sin presentar mucha resistencia, pero también sin transformarse en admiradora de la ideología y la práctica política nazis. En cambio, otra parte del pueblo se sintió hondamente atraída por esta nueva ideología. El primer grupo estaba constituido principalmente por la clase obrera y por la burguesía liberal y católica.

Desde el punto de vista psicológico, esta disposición a someterse al nuevo régimen parece motivada principalmente por un estado de cansancio y resignación íntimos que constituye una característica peculiar del individuo de la era presente, característica que puede hallarse hasta en los países democráticos.

Después que Hitler llegó al poder, surgió otro incentivo para el mantenimiento de la lealtad de la mayoría de la población al régimen nazi. Para millones de personas el gobierno de Hitler se identificó con Alemania. Desde el momento en que fueron abolidos todos los demás partidos políticos y el partido nazi llegó a ser Alemania, la oposición al nazismo no significaba otra cosa que oposición a la patria misma. Parece que no existe nada más difícil para el hombre común que soportar el sentimiento de hallarse excluido de algún grupo social mayor. Por más que el ciudadano alemán fuera contrario a los principios nazis, ante la alternativa de quedarse aislado o mantener su sentimiento de pertenencia a Alemania, la mayoría eligió esto último. Todo ataque a Alemania como tal, toda propaganda difamatoria referente a los alemanes, tan sólo sirven para aumentar la lealtad de aquellos que no se hallan completamente identificados con el sistema nazi.

En contraste con la actitud negativa o resignada asumida por la clase obrera y la burguesía liberal y católica, las capas inferiores de la clase media, compuesta de pequeños comerciantes, artesanos y empleados, acogieron con gran entusiasmo la ideología nazi. En estos grupos, los individuos pertenecientes a las generaciones más viejas constituyeron la base de masa más pasiva; los hijos, en cambio, tomaron una parte activa en la lucha. Es así que los motivos de la profunda influencia ejercida por la ideología nazi han de buscarse en la estructura del carácter social de la baja clase media. De hecho, hay rasgos característicos de esta clase a lo largo de toda la historia: su amor al fuerte, su odio al débil, su mezquindad, su hostilidad, su avaricia,... Su concepción de la vida era estrecha, sospechaban del extranjero y lo odiaban, racionalizando su sentimiento bajo la forma de indignación moral: toda su vida estaba fundada en el principio de la escasez, tanto desde el punto de vista económico como del psicológico.

Aunque el carácter social de esta clase ha sido siempre así, los acontecimientos posbélicos los intensificaron. En el periodo de la posguerra no solamente se produjo una decadencia más rápida de la situación económica, sino que también su prestigio social sufrió una declinación análoga. Antes de la guerra, esa clase podía sentirse en una posición superior a la del obrero. Después de la revolución, en cambio, el prestigio social del proletariado creció de manera considerable y, en consecuencia, el de la baja clase media disminuyó correlativamente, por lo que ya no había nadie a quien despreciar. Además el último baluarte de la seguridad de la clase media, la familia, también se había quebrado. De este modo, la vieja generación de la baja clase media se fue haciendo más y más amargada

y resentida; pero mientras los ancianos permanecían pasivos, los jóvenes se veían impulsados hacia la acción.

Estas condiciones psicológicas no constituyeron la causa del nazismo, pero sí representaron su base humana, sin la cual no hubiera podido desarrollarse. Por eso un análisis de todo el fenómeno del surgimiento y la victoria del nazismo debería considerar tanto las condiciones estrictamente políticas y económicas como las psicológicas.

El amor al poderosos y el odio al débil, tan típicos del carácter sadomasoquista, explica gran parte de la acción política de Hitler y sus adeptos. También existe un aspecto masoquista al lado del sádico: existe el deseo de someterse a un poder de fuerza abrumadora, de aniquilar su propio yo, del mismo modo que existe el deseo de ejercer poder sobre personas que carecen de él. La naturaleza es el gran poder al que debemos someternos y es, en cambio, sobre los seres vivientes que debemos ejercer nuestro dominio.

La función de una ideología y prácticas autoritarias puede compararse a la función de los síntomas neuróticos. Éstos resultan de condiciones psicológicas insoportables, y al mismo tiempo ofrecen una solución que hace posible la vida. A pesar de ello no constituyen una solución capaz de conducir a la felicidad o a la expansión de la personalidad. La soledad e impotencia del individuo, su búsqueda para la realización de las potencialidades que ha desarrollado, el hecho objetivo de la creciente capacidad productiva de la industria moderna, todos estos elementos son factores dinámicos que forman la base de una creciente búsqueda de libertad y felicidad. Refugiarse en la simbiosis puede aliviar durante un tiempo los sufrimientos, pero no los elimina. La historia de la humanidad no solo es un proceso de individuación creciente, sino también de creciente libertad. El anhelo de libertad no es una fuerza metafísica y no puede ser explicado en virtud del derecho natural; representa, por el contrario, la consecuencia necesaria del proceso de individuación y del crecimiento de la cultura. Los sistemas autoritarios no pueden suprimir las condiciones básicas que originan el anhelo de libertad, ni tampoco pueden destruir la búsqueda de libertad que surge de esas mismas condiciones.

VII. LIBERTAD Y DEMOCRACIA

1. La ilusión de la individualidad

Existe la creencia convencional de que la democracia moderna ha alcanzado el verdadero individualismo al liberar al individuo de todos los vínculos exteriores. Nos sentimos orgullosos de no estar sujetos a ninguna autoridad externa, de ser libres de expresar nuestros pensamientos y emociones, y damos por supuesto que esta libertad garantiza nuestra individualidad. Pero el derecho de expresar nuestros pensamientos, sin embargo, tiene algún significado tan sólo si somos capaces de tener pensamientos propios. La

represión de los pensamientos espontáneos y, por lo tanto, del desarrollo de una personalidad genuina, empieza tempranamente; en realidad desde la iniciación misma del aprendizaje del niño. Dentro de nuestra cultura, la educación conduce con demasiada frecuencia a la eliminación de la espontaneidad y a la sustitución de los actos psíquicos originales por emociones, pensamientos y deseos impuestos desde fuera. Y aquello que la educación no puede llegar a conseguir se cumple luego por medio de la presión social, ya que en nuestras sociedades se desaprueban, en general, las emociones.

El hombre moderno vive bajo la ilusión de saber lo que quiere, cuando en realidad desea únicamente lo que se supone (socialmente) ha de desear. El hombre moderno está dispuesto a enfrentar graves peligros para lograr los propósitos que se supone sean suyos, pero teme profundamente asumir el riesgo y la responsabilidad de forjarse sus propios fines.

La dificultad que existe en reconocer hasta qué punto nuestros deseos, pensamientos y emociones, no son realmente nuestros sino que los hemos recibido desde afuera, se halla estrechamente relacionada con el problema de la autoridad y la libertad. En el curso de la historia moderna, la autoridad de la Iglesia se vio reemplazada por la del Estado, la de éste por el imperativo de la conciencia, y en nuestra época ésta ha sido sustituida por la autoridad anónima del sentido común y la opinión pública, en su carácter de instrumentos del conformismo.

Nos hemos transformado en autómatas que viven bajo la ilusión de ser individuos dotados de libre albedrío. Tal ilusión ayuda a las personas a permanecer inconscientes de su inseguridad. En su esencia, el yo del individuo resulta debilitado, de manera que se siente impotente e inseguro. Piensa, siente y quiere lo que él cree que los demás suponen que él debe pensar, sentir y querer, y en este proceso pierde su propio yo, que debería constituir el fundamento de toda seguridad genuina del individuo libre. La pérdida del yo ha aumentado la necesidad de conformismo, dado que origina una duda profunda acerca de la propia identidad.

La duda acerca del propio yo se inicia con el derrumbe del mundo medieval, en el cual el individuo había disfrutado de un lugar seguro dentro de un orden fijo. Hoy damos por supuesto lo que somos; sin embargo, la duda acerca de nuestro ser todavía existe y hasta a aumentado. La pérdida de la identidad hace más imperiosa la necesidad de conformismo; significa que uno puede estar seguro de sí mismo sólo en cuanto logra satisfacer las expectativas de los demás. Si no lo conseguimos, no sólo nos vemos frente al peligro de la desaparición pública y de un aislamiento creciente, sino que también nos arriesgamos a perder la identidad de nuestra personalidad, lo que significa comprometer nuestra salud pública.

Al adaptarnos a las expectativas de los demás, al tratar de no ser diferentes, logramos acallar aquellas dudas acerca de nuestra identidad y ganamos así cierto grado de seguridad. Sin embargo, el precio de todo ello es alto: la consecuencia de este abandono de la espontaneidad y de la individualidad es la frustración de vida. Detrás de una fachada de satisfacción y optimismo, el hombre moderno es profundamente infeliz, y se aferra a la noción de individualidad: quiere ser diferente. Pero puesto que siendo un autómata no puede experimentar la vida como actividad espontánea, acepta como sucedáneo cualquier cosa que pueda causar excitación: bebidas, deportes, la identificación con personajes de la pantalla, ...

¿Cual es el significado de la libertad para el hombre moderno? Se ha liberado de los vínculos exteriores que le hubieran impedido obrar y pensar de acuerdo con lo que había considerado adecuado. Ahora sería libre de actuar según su propia voluntad si supiera lo que quiere, piensa y siente. Pero no lo sabe, ajustándose al mandato de autoridades anónimas y adoptando un yo que no le pertenece. Así, la desesperación del autómata humano es un suelo fértil para los propósitos políticos del fascismo.

2. Libertad y espontaneidad

Hemos visto que el individuo no puede soportar el aislamiento, a causa del cual la unidad del mundo se ha quebrado para él, sin tener ningún punto firme de orientación. Tanto el desamparo como la duda paralizan la vida, y de este modo el hombre, para vivir, trata de esquivar la libertad que ha logrado: la libertad negativa. Se ve así arrastrado hacia nuevos vínculos, diferentes de los vínculos primarios. La evasión de la libertad no le restituye la seguridad perdida, sino que únicamente lo ayuda a olvidarse de que constituye una entidad separada. Halla una nueva y frágil seguridad a expensas del sacrificio de la integridad de su yo individual; prefiere perder el yo porque no puede soportar su soledad. Así, la libertad, como libertad negativa, conduce hacia nuevas cadenas.

El proceso del desarrollo de la libertad no constituye un círculo vicioso; el hombre puede ser libre sin hallarse solo, crítico, sin henchirse de dudas, independiente, sin dejar de formar parte integrante de la humanidad. Esta libertad el hombre puede alcanzarla realizando su yo, siendo lo que realmente es. La libertad positiva consiste en la actividad espontánea de la personalidad total integrada. La actividad espontánea tan sólo es posible si el hombre no reprime partes esenciales de su yo, si llega a ser transparente para sí mismo y si las distintas esferas de la vida han alcanzado una integración fundamental. La espontaneidad es un fenómeno relativamente raro en nuestra cultura, aunque no carecemos completamente de ella (por ejemplo los artistas son capaces de expresarse espontáneamente, también los niños; incluso podemos percibir en nosotros mismos por lo menos algún momento de espontaneidad). La actividad espontánea es el único camino por el cual el hombre puede superar el terror de la soledad sin sacrificar la integridad del yo; puesto que en la espontánea realización del yo es donde el individuo vuelve a unirse con el hombre, con la naturaleza, con sí mismo.

El yo es fuerte en la medida en que es activo. Aquellas cualidades que surgen de nuestra actividad espontánea dan fuerza al yo y constituyen la base de su integridad. La incapacidad para obrar con espontaneidad, para expresar lo que verdaderamente uno siente y piensa, y la necesidad consecuente de mostrar a los otros y a uno mismo un pseudoyo, constituyen la raíz de los sentimientos de inferioridad y debilidad. Todo ello significa que lo importante aquí es la actividad como tal, el proceso y no sus resultados; en nuestra cultura es justamente lo contrario lo que se acentúa más.

Si el individuo realiza su yo por medio de la actividad espontánea y se relaciona de este modo con el mundo, deja de ser un átomo aislado; él y el mundo se transforman en un todo estructural; disfruta así de un lugar legítimo y con ello desaparecen sus dudas respecto de sí mismo y del significado de su vida: cuando logra vivir, no ya de manera compulsiva o automática, sino espontáneamente, entonces sus dudas desaparecen. Es entonces cuando

aumentará su fuerza como individuo, así como su seguridad. Ésta, sin embargo, difiere de aquélla que caracteriza el estado preindividual, del mismo modo como su nueva forma de relacionarse con el mundo es distinta de la de los vínculos primarios. Esta nueva seguridad no se halla arraigada en la protección que el individuo recibe de parte de algún poder superior extraño a él; la nueva seguridad es dinámica, no se basa en la protección, sino en la actividad espontánea del hombre: es la seguridad que solamente la libertad puede dar, que no necesita de ilusiones, porque ha eliminado las condiciones que origina tal necesidad.

La libertad positiva como realización del yo implica la afirmación plena del carácter único del individuo. Todos los hombres nacen iguales pero también nacen distintos. Este respeto por el carácter único de la personalidad, unido al afán de perfeccionarla, constituye el logro más valioso de la cultura humana y representa justamente lo que hoy se halla en peligro.

El carácter único del yo no contradice de ningún modo el principio de igualdad. La tesis de que todos los hombres nacen iguales implica que todos ellos participan de las mismas calidades humanas fundamentales, que comparten el destino esencial de todos los seres humanos, que poseen por igual el mismo inalienable derecho a la felicidad y a la libertad. Lo que el concepto de igualdad no significa es que todos los hombres sean iguales. Tal noción se deriva de la función que los individuos desempeñan actualmente en la vida económica. En ella un hombre no es distinto de otro; pero sí lo es como persona real, y cultivar el carácter único de cada cual constituye la esencia de la individualidad.

La libertad positiva implica también el principio de que no existe poder superior al del yo individual, que el hombre representa el centro y el fin de la vida; el desarrollo y la realización de la individualidad constituyen un fin que no puede ser nunca subordinado a propósitos a los que se atribuyen una dignidad mayor. Pero decir que el hombre no debiera sujetarse a nada superior a él mismo no implica negar la dignidad de los ideales. Los ideales genuinos tienen en común que expresan el deseo de algo que todavía no se ha realizado, pero que es deseable para el desarrollo y la felicidad del individuo. En cambio, los ideales ficticios son aquellos fines compulsivos e irracionales que, si bien subjetivamente representan experiencias atractivas (como la sumisión) en realidad resultan perjudiciales para la vida.

Ahora bien: si se les permite a los individuos obrar libremente en el sentido de la espontaneidad, si los hombres no reconocen autoridad superior alguna a la de ellos mismos, ¿no surgirá inevitablemente la anarquía? Si se frustra la vida, si el individuo se ve aislado, abrumado por las dudas y los sentimientos de soledad e impotencia, entonces surge un impulso de destrucción, un anhelo de sumisión o de poder. Si la libertad humana se establece como libertad positiva, si el hombre puede realizar su yo plenamente y sin limitaciones, habrán desaparecido las causas fundamentales de sus tendencias impulsivas asociales.

CONCLUSIÓN DEL LIBRO

La tesis de este libro es que la libertad posee un doble significado para el hombre moderno; éste se ha liberado de las autoridades tradicionales y ha llegado a ser un *individuo*. Pero, al mismo tiempo, se ha vuelto aislado e impotente, tornándose el instrumento de propósitos que no le pertenecen, extrañándose de sí mismo y de los demás. Se ha afirmado además de que tal estado socava su yo, lo debilita y asusta, al tiempo que lo dispone a aceptar la sumisión a nuevas especies de vínculos. La libertad positiva, por otra parte, se identifica con la realización plena de las potencialidades del individuo, así como con su capacidad para vivir activa y espontáneamente. La libertad ha alcanzado un punto crítico en el que, impulsada por la lógica de su dinamismo, amenaza transmutarse en su opuesto. El futuro de la democracia depende de la realización del individualismo, y éste ha sido el fin ideológico del pensamiento moderno desde el Renacimiento. La victoria de la libertad es solamente posible si la democracia llega a constituir una sociedad en la que el individuo, su desarrollo y felicidad, constituyan el fin y el propósito de la cultura; en la que la vida no necesite justificarse por el éxito o por cualquier otra cosa, y en la que el individuo no se vea subordinado ni sea objeto de manipulaciones por parte de ningún otro poder exterior a él mismo, ya sea el Estado o la organización económica; una sociedad, por fin, en la que la conciencia y los ideales del hombre no resulten de la absorción en el yo de demandas exteriores y ajenas, sino que sean realmente suyos y expresen propósitos resultantes de la peculiaridad de su yo. Tales propósitos no pudieron realizarse plenamente en ninguno de los periodos anteriores de la historia moderna; debieron permanecer en gran parte como fines ideológicos, pues faltaba la base material para el desarrollo de un genuino individualismo. Correspondió al capitalismo crear esa base. El problema de la producción ha sido resuelto, por lo menos en principio, y podemos profetizar un futuro de abundancia, en el que la lucha por los privilegios económicos ya no será necesaria consecuencia de la escasez. El problema que enfrentamos hoy es el de crear una organización de las fuerzas económicas y sociales capaz de hacer del hombre, como miembro de la sociedad estructurada, el dueño de tales fuerzas y no su esclavo.

Se ha subrayado el aspecto psicológico de la libertad, pero también se ha tratado de mostrar que el mismo no puede ser separado de la base material de la existencia humana, de la estructura económica, política y social de la colectividad. La consecuencia de esta premisa es que la realización de la libertad positiva y del individualismo se halla también conexas con los cambios económicos y sociales que permitirán al hombre llegar a ser libre, realizando su yo.

El progreso de la democracia consiste en acrecentar realmente la libertad, iniciativa y espontaneidad del individuo, no sólo en determinadas cuestiones privadas y espirituales, sino esencialmente en la actividad fundamental de la existencia humana: su trabajo.

Hoy la gran mayoría del pueblo no solamente no ejerce ninguna fiscalización sobre la organización económica total, sino que tampoco disfruta de la oportunidad de desarrollar alguna iniciativa y espontaneidad en el trabajo especial que le toca hacer. Son *empleados*, y de ellos no se espera más que el cumplimiento de lo que se les ordene. Solamente en una economía planificada en la que toda la nación domine racionalmente las fuerzas sociales y económicas, el individuo logrará participar de la responsabilidad de la dirección y aplicar en su trabajo la inteligencia creadora de que está dotado. La democracia constituye un sistema que crea condiciones políticas, culturales y económicas dirigidas al desarrollo

pleno del individuo. El fascismo, por el contrario, es un sistema que, no importa cuál sea el nombre que adopte, subordina al individuo a propósitos que le son extraños y debilita el desarrollo de la genuina individualidad.

Tan sólo si el hombre llega a dominar la sociedad y subordinar el mecanismo económico a los propósitos de la felicidad humana, si llega a participar activamente en el proceso social, podrá superar aquello que hoy lo arrastra hacia la desesperación: su soledad y su sentimiento de impotencia.